

LA
HABITACIÓN
DONDE
SUCEDIÓ

Un relato desde el corazón de la Casa Blanca

JOHN
BOLTON

Exconsejero de Seguridad Nacional
de Estados Unidos


ESPASA

JOHN BOLTON

LA HABITACIÓN DONDE SUCEDIÓ

Un relato desde el corazón de la Casa Blanca



ESPASA

Título original: *The Room Where It Happened. A White House Memoir*

© John Bolton, 2020

© Alejandra Devoto por la traducción, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Publicado de acuerdo con Casanovas & Lynch Agencia Literaria, 2020

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 14.865-2020

ISBN: 978-84-670-6067-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

1. LA LARGA MARCHA HACIA UN DESPACHO RELEVANTE EN EL ALA OESTE DE LA CASA BLANCA	13
2. «GRITA “¡DEVASTACIÓN!” Y SUELTA A LOS PERROS DE LA GUERRA»	57
3. ESTADOS UNIDOS SE LIBERA	77
4. EL SINGAPORE SLING	95
5. HISTORIA DE TRES CIUDADES: LAS CUMBRES DE BRUSELAS, LONDRES Y HELSINKI	147
6. ESTORBAR A RUSIA	181
7. TRUMP BUSCA UNA SALIDA EN SIRIA Y EN AFGANISTÁN, PERO NO LA ENCUENTRA	205
8. EL CAOS COMO FORMA DE VIDA	245
9. VENEZUELA LIBRE	267
10. EL ESTRUENDO QUE VIENE DE CHINA	309
11. LLEGADA AL «HILTON DE HANÓI», LA PARTIDA Y LA HORA DEL RECREO EN PANMUNJOM	341
12. TRUMP PIERDE EL RUMBO Y DESPUÉS EL VALOR	381
13. DE LA MISIÓN CONTRATERRORISTA EN AFGANISTÁN A SALVARNOS POR LOS PELOS EN CAMP DAVID	437
14. EL FINAL DEL IDILIO	457
15. EPÍLOGO	493
NOTAS	505
ÍNDICE ANALÍTICO	547

1

LA LARGA MARCHA HACIA UN DESPACHO RELEVANTE EN EL ALA OESTE DE LA CASA BLANCA

Una de las ventajas de ser consejero de Seguridad Nacional es que debes enfrentarte a una gran cantidad de desafíos de características muy diversas. Si no te gustan el caos, la incertidumbre y el riesgo, y, al mismo tiempo, verte abrumado constantemente por la información, las decisiones que hay que tomar y la cantidad de trabajo, y si no te satisface hacerle frente a los conflictos nacionales e internacionales, de personalidad y de ego, que son difíciles de describir, dedícate a otra cosa. Es estimulante, pero resulta casi imposible, explicarle a alguien de fuera cómo encajan las piezas, porque a menudo no lo hacen de una forma coherente.

No puedo ofrecer una teoría completa sobre la transformación de la Administración Trump porque eso es ilusorio. Sin embargo, también son erróneas algunas de las cosas que se suelen decir en Washington sobre la trayectoria de Trump. La creencia general, atractiva para los que son intelectualmente perezosos, es que Trump siempre fue un hombre estafalario, pero que, en sus primeros quince meses, inseguro en su nuevo puesto y controlado por el famoso «eje de adultos»*, dudaba en la toma de decisiones. A medida que pasaba el tiempo se fue sintiendo más seguro de sí mismo, se distanció del «eje de adultos», las cosas se vinieron abajo y Trump se rodeó solo de personas que le decían que sí a todo.

* Expresión que utiliza Bolton para referirse a un pequeño grupo de personas con sentido común que asesoran a Trump en las decisiones importantes. Habla de «adultos» porque el presidente muestra una personalidad infantil. (*N. de la E.* Todas las notas marcadas con asterisco son notas de la editorial que se han incluido para aclarar conceptos o contextualizar información).

Algunas partes de esta hipótesis son ciertas, pero, en general, ofrece una imagen demasiado simplista. En muchos sentidos, el «eje de adultos» causó problemas profundos, no porque manejara a Trump, como dicen las «mentes pensantes» —uso este calificativo tan apropiado de los franceses, que lo utilizan para referirse a aquellos que se consideran superiores a los demás—, sino porque consiguieron precisamente lo contrario. Ni siquiera hicieron lo básico para imponer el orden, y todo aquello que impulsaron fue tan interesado y estaba tan alejado de los objetivos de Trump —ya fueran respetables o no— que alimentaron su forma de pensar, que ya de por sí era suspicaz. A los que llegamos después nos costó mucho intercambiar puntos de vista de carácter político con el presidente. Siempre creí que la función del consejero de Seguridad Nacional era cerciorarse de que el presidente comprendiera las opciones que existían antes de tomar una decisión y asegurarse de que los niveles burocráticos correspondientes la pusieran en práctica. Obviamente, el Consejo de Seguridad Nacional trabajaba de manera distinta con cada presidente, pero esos eran los objetivos fundamentales de mi cargo.

Sin embargo, como el «eje de adultos» lo hizo tan mal con él, Trump desconfiaba de los demás, veía conspiraciones por todas partes y —esto era increíble— seguía sin ponerse al corriente sobre cómo dirigir la Casa Blanca y mucho menos el inmenso Gobierno federal. Aun así, el «eje de adultos» no era totalmente responsable de esa situación. Trump es Trump. Al final comprendí que él estaba convencido de que podía dirigir el poder ejecutivo y establecer políticas de seguridad nacional guiándose por su instinto, confiando en su relación personal con los líderes extranjeros y, sobre todo, en su concepción de la puesta en escena. El instinto, las relaciones personales y la puesta en escena son elementos esenciales del repertorio de cualquier presidente, pero no lo son todo. El análisis, la planificación, el rigor y la disciplina intelectual, la evaluación de los resultados y la corrección del rumbo son habilidades fundamentales que influyen en la toma de decisiones de un presidente; es decir, la parte menos glamurosa del trabajo. No basta con las apariencias.

En términos institucionales, por tanto, es innegable que la transición y el primer año y pico de la Administración Trump fueron una auténtica chapuza. Jamás se pusieron en marcha procesos que deberían haber sido naturales, sobre todo para los numerosos asesores de

Trump —que carecían de experiencia previa—, ni siquiera en lo que respecta a los cargos ejecutivos de menor nivel. Ni Trump ni su equipo —al menos, la mayor parte— leyeron el «manual de instrucciones» del Gobierno, tal vez porque no se dieron cuenta de que el hecho de leerlo no los convertía automáticamente en miembros del «Estado profundo». Cuando entré en aquel caos identifiqué problemas que se podrían haber resuelto en los cien primeros días de gobierno, e incluso antes. Desde luego, ni la renovación constante del personal ni la hobbesiana *bellum omnium contra omnes* («la guerra de todos contra todos») que tenía lugar en la Casa Blanca ayudaban. Tal vez es un poco exagerado decir que la descripción que hace Hobbes de la existencia humana —la califica de «solitaria, pobre, desagradable, brutal y breve»— describe con exactitud la vida en la Casa Blanca, aunque muchos de los asesores principales, cuando dejaron sus cargos, habrían estado de acuerdo. Como conté en mi libro *Surrender Is Not an Option*¹, mi fórmula para alcanzar los objetivos que se proponía el Gobierno siempre fue conocer lo mejor posible los distintos niveles de la burocracia en los que ya había prestado servicio: el Departamento de Estado, el de Justicia y la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional.

Mi meta no era conseguir un carné de socio, sino un carné de conducir, y esta forma de pensar no es la habitual en la Casa Blanca de Trump. Durante mis primeras visitas al Ala Oeste, me di cuenta de que las diferencias entre esta Presidencia y las anteriores eran impresionantes. Lo que ocurría un día concreto con un asunto concreto normalmente no tenía nada que ver con lo que ocurría al día siguiente o al otro. Pocos parecían darse cuenta, preocuparse o mostrar interés por solucionarlo, y aquello no iba a mejorar. Era una conclusión frustrante, pero inevitable, y llegué a ella poco después de incorporarme a la Administración.

Paul Laxalt, antiguo senador por Nevada y uno de mis mentores, solía decir que «en política, no hay conceptos inmaculados», y esto explica los nombramientos que se hacen para ocupar puestos clave del poder ejecutivo. A pesar de la cantidad de veces que se oye eso de «me sorprendió que el presidente Tal me llamara...», la expresión guarda muy poca relación con la verdad, y no hay momento en el que la

competencia por ocupar esos cargos sea más intensa que durante la «transición presidencial», un invento estadounidense que en las últimas décadas se ha vuelto cada vez más complejo. Los equipos de transición podrían ser objeto de estudio en los cursos de posgrado de Administración de Empresas, en una clase sobre lo que no se debe hacer en una compañía. Dichos equipos se forman por un periodo concreto de tiempo, normalmente breve, que va desde la elección hasta la toma de posesión, y después desaparecen para siempre. Se ven arrollados por los huracanes de información —y desinformación— que reciben; los análisis de estrategias y políticas complejos y a menudo contradictorios; las decisiones oportunas sobre el personal que formará el Gobierno, y el escrutinio y la influencia de los medios de comunicación y de los grupos de presión.

No hay duda de que algunas transiciones son mejores que otras, y cómo se desarrollan dice mucho de la Administración que vendrá. En 1968-1969, Richard Nixon realizó la primera transición contemporánea, llevando a cabo análisis minuciosos de las agencias más relevantes del poder ejecutivo. En 1980-1981, la de Ronald Reagan se ciñó a la máxima de que «el personal es política» y prestó mucha atención a escoger personas afines a la plataforma del presidente. Y en 2016-2017, la de Donald Trump fue... la de Donald Trump.

Pasé la noche de las elecciones, del 8 al 9 de noviembre de 2016, en los estudios de Manhattan de Fox News, para comentar en directo las prioridades que en materia internacional tendría el nuevo Gobierno. Todos esperaban que mi comparecencia se produjera en torno a las diez de la noche, justo después de que se declarara vencedora a Hillary Clinton. Al final, salí en antena a eso de las tres de la madrugada del día siguiente, circunstancia que demuestra lo bien que funciona la planificación anticipada, no solo en la Fox, sino también entre la camarilla del presidente electo. Pocos observadores creían que ganaría Trump y, como ocurrió en 1996 con el fracaso de la campaña de Robert Dole contra Bill Clinton, los preparativos preelectorales fueron bastante modestos y anticipaban un fracaso inminente. En comparación con la puesta en escena de Hilary, similar a la de un gran ejército marchando con paso firme hacia el poder, la de Trump parecía contar solamente con un puñado de almas resistentes que disponían de mucho tiempo libre. Por tanto, su victoria los pilló desprevenidos y provocó inmediatas luchas territo-

riales entre los voluntarios de la transición, y que hubiera que tirar a la basura casi todo el material previo a las elecciones. Comenzar de cero el 9 de noviembre no era demasiado prometedor, sobre todo cuando la mayor parte del personal de la transición estaba en Washington y Trump y sus asesores más cercanos en la Torre Trump, en Manhattan. Antes de su victoria, Trump apenas sabía nada sobre el funcionamiento del gigante federal y durante la transición no aprendió demasiado —tal vez nada—, y eso no era muy esperanzador.

Yo desempeñé un papel insignificante en la campaña de Trump, salvo por una reunión que mantuve con el candidato el viernes 23 de septiembre de 2016, por la mañana, en la Torre Trump, tres días antes de su primer debate con Clinton. Hillary y Bill estudiaron en la Facultad de Derecho de Yale un año antes que yo, de manera que, además de hablar de seguridad nacional, le di a Trump mi opinión sobre las capacidades de Hillary: era una persona preparada y con un buen programa, que seguiría su estrategia a toda costa. No había cambiado nada en cuarenta años. Durante aquella reunión Trump fue el que más habló, como ya sucedió en la primera, en 2014, antes de presentar su candidatura. Al final me dijo: «En realidad, tus opiniones y las mías son muy parecidas. Muy parecidas».

En aquel momento, yo estaba muy ocupado: era colaborador principal del American Enterprise Institute y de Fox News; abogado en un bufete importante; miembro de varios consejos de administración y asesor principal de una empresa internacional de capital privado, además de autor de artículos de opinión a un ritmo de uno por semana. A finales de 2013 formé un PAC [un comité de acción política] y un SuperPAC para colaborar con los candidatos a la Cámara de Representantes y al Senado que creyeran en una política de seguridad nacional firme: se habían concedido centenares de miles de dólares a los candidatos, destinándose millones a gastos independientes en las campañas de 2014 y 2016, y nos disponíamos a repetirlo en 2018. Tenía mucho que hacer, pero había trabajado para los últimos tres Gobiernos republicanos y, desde mis años en la Universidad de Yale, me fascinaban las relaciones internacionales. De modo que estaba dispuesto a volver a involucrarme.

Se presentaban nuevos riesgos y oportunidades y, tras los ocho años de gobierno de Barack Obama, había mucho que arreglar. Yo había meditado mucho sobre la seguridad nacional de Estados Unidos

en un mundo revuelto: Rusia y China desde el punto de vista estratégico; Irán, Corea del Norte y otros aspirando a tener armas nucleares; el terrorismo islámico radical amenazando en el tumultuoso Oriente Próximo (Siria, Líbano, Irak y Yemen), Afganistán y más allá, además de los peligros que existían en nuestro propio hemisferio, como Cuba, Venezuela y Nicaragua. Aunque en política exterior las etiquetas no sirven, salvo a los que no quieren pensar, me gustaba decir que mi política era «proestadounidense». Era seguidor de Adam Smith en economía, de Edmund Burke en el ámbito social, de *The Federalist Papers* en lo referente al Gobierno y de una fusión de Dean Acheson y John Foster Dulles en seguridad nacional, y participé por primera vez en una campaña electoral en 1964 a favor de Barry Goldwater*.

Conocía a algunos funcionarios importantes que trabajaron en la campaña de Trump, como Steve Bannon, Dave Bossie y Kellyanne Conway, y había hablado con ellos sobre la posibilidad de incorporarme a la Administración Trump, si este ganaba las elecciones. Cuando comenzó la transición, me pareció oportuno ofrecer mis servicios como secretario de Estado, como ya hicieron otros. Y tal era así que cuando Chris Wallace salió del *set* de la Fox, el 9 de noviembre de 2016, bien temprano, después de que se anunciara quién había ganado las elecciones, me estrechó la mano y con una amplia sonrisa me dijo: «Felicidades, señor secretario». Evidentemente, no eran pocos los aspirantes a dirigir el Departamento de Estado, y ello generó innumerables especulaciones en los medios de comunicación sobre quién era el favorito, empezando por Newt Gingrich, siguiendo por Rudy Giuliani, después Mitt Romney y, después, otra vez Rudy. Yo había trabajado con todos ellos y los respetaba, y cada uno era competente a su manera. Se habló mucho (y no olvidemos las presiones) de

* *The Federalist Papers* es una colección de ochenta y cinco artículos y ensayos que, bajo el seudónimo de Publius, escribieron Alexander Hamilton, James Madison y John Jay para promover la ratificación de la Constitución de Estados Unidos.

Dean Gooderham Acheson fue secretario de Estado de Estados Unidos desde 1949 hasta 1953, consejero de cuatro presidentes y principal artífice de la política exterior de su país en la época de la Guerra Fría. John Foster Dulles fue secretario de Estado bajo el mandato del presidente Dwight D. Eisenhower entre 1953 y 1959. También fue una figura importante en los primeros años de la Guerra Fría.

Barry Goldwater fue senador y candidato a la Presidencia de Estados Unidos frente a Lyndon B. Johnson (1964), pero fue derrotado.

que debía conformarme con ser subsecretario, pero eso, evidentemente, no figuraba en mis planes. Lo que sucedió a continuación puso de manifiesto el método que seguía Trump para la toma de decisiones. Y debería haber servido de advertencia.

Aunque los «principales competidores» eran claramente conservadores desde un punto de vista intelectual, aportaban a la mesa distintas perspectivas y distintos estilos, con sus pros y sus contras. Entre las diferentes opciones (y otras, como el senador por Tennessee Bob Corker, y el exgobernador de Utah Jon Huntsman), ¿buscaba Trump algunas características concretas? Era evidente que no, y los observadores deberían haberse preguntado qué principio regía realmente en el proceso de selección de personal de Trump. ¿Por qué no nombrar a Giuliani fiscal general, un puesto ideal para él, y poner a Romney como jefe de Gabinete de la Casa Blanca, lo que le habría permitido aportar su incuestionable capacidad de gestión y planificación estratégica? ¿Y a Gingrich, con décadas de teorización creativa a sus espaldas, como zar de la política interior de la Casa Blanca?

¿Buscaba Trump solo personas con «mentalidad de centro»? Se habló mucho de que, al parecer, le desagradaba mi bigote. Para que conste, él mismo me dijo que en absoluto era cierto y que su padre también lo llevaba. Dejando aparte a los psiquiatras y a los interesados en las teorías de Sigmund Freud —obviamente, no soy uno de ellos—, no creo que mi aspecto influyera en lo que Trump opinaba de mí. De lo contrario, ¡pobre país! Sin embargo, las mujeres atractivas sí entran en otra categoría.

La lealtad era el atributo más importante, como Giuliani demostró en los días posteriores a la filtración del vídeo de *Access Hollywood** a principios de octubre. Cuentan que Lyndon Johnson dijo una vez, refiriéndose a un ayudante: «Quiero que sea leal de verdad. Quiero que me bese el culo en el escaparate de Macy's a mediodía y me diga que huele a rosas». ¿Quién hubiera dicho que Trump sabía tanto de historia? Giuliani fue después muy amable conmigo y, cuando se retiró

* En este vídeo aparece Donald Trump con Lev Parnas, que, junto a su socio Igor Fruman, fue investigado por un supuesto intento de presionar al Gobierno ucraniano para actuar en contra de Joe Biden y su hijo. Trump negó conocerlos y Giuliani, abogado del presidente, hizo unas declaraciones exculpatorias. Sin embargo, Parnas declaró posteriormente que Trump estaba al tanto de todo.

de la contienda por la Secretaría de Estado, dijo: «Probablemente, elegiría a John. John me parece magnífico»².

El presidente electo me llamó el 17 de noviembre y lo felicité por su victoria. Me habló de sus recientes conversaciones telefónicas con Vladimir Putin y Xi Jinping y me dijo que aquella tarde se reuniría con el primer ministro japonés, Shinzo Abe. «Te tendremos aquí en un par de días —prometió— y contamos contigo para resolver un montón de situaciones». Al día siguiente se anunciaron algunos de los cargos elegidos por el nuevo presidente: Jeff Sessions como fiscal general en vez de Giuliani, Mike Flynn como consejero de Seguridad Nacional (como recompensa por su servicio durante la campaña) y Mike Pompeo como director de la CIA. Pocas semanas después del nombramiento de Flynn, Henry Kissinger me dijo: «Durará menos de un año». Aunque no podía saber lo que estaba a punto de ocurrir, Kissinger era consciente de que aquel no era un puesto para Flynn. Según pasaban los días se iban conociendo más nombres para ocupar cargos importantes del Gabinete y de la Casa Blanca. Por ejemplo, el 23 de noviembre, la gobernadora de Carolina del Sur, Nikky Haley, fue nombrada embajadora ante la ONU, cargo que tenía rango ministerial. Era una decisión insólita teniendo en cuenta que aún no se había elegido al secretario de Estado. Haley no estaba cualificada para ese puesto, pero era ideal que alguien con ambiciones presidenciales marcara la casilla de «política exterior» en su currículum de campaña. Tuviera o no rango de ministro, la embajadora ante la ONU formaba parte del Departamento de Estado y una política exterior coherente solo puede ser dirigida por un secretario de Estado. Sin embargo, ahí estaba Trump, eligiendo a los subordinados del universo del Departamento de Estado sin tener un secretario a la vista. Por definición, aquella situación traería problemas, sobre todo cuando alguien del equipo de Haley me dijo que Trump había pensado nombrarla secretaria y que ella —eso me dijo esa misma persona— había rechazado la oferta por su falta de experiencia. Era obvio que ya pensaba nombrarla embajadora ante la ONU³.

Para el día de Acción de Gracias me llamó Jared Kushner —Paul Manafort me lo había presentado durante la campaña— y me aseguró que mi nombre «se seguía barajando» para secretario de Estado y «en un montón de contextos diferentes. Donald te admira mucho y nosotros también». Mientras tanto, el *New York Post* informaba de las deci-

siones que se estaban tomando en Mar-a-Lago, y dijo, citando una fuente, que «Donald andaba por ahí preguntándole a todo el mundo quién debería ser su secretario de Estado. Muchos criticaban a Romney y a muchos les cae bien Rudy. Además, otros tantos abogan por John Bolton»⁴. ¡Ya sabía yo que debería haberme esforzado más en las primarias de Mar-a-Lago! Agradecía el apoyo que recibía de los estadounidenses pro-Israel (tanto judíos como protestantes evangélicos), de los partidarios de la Segunda Enmienda*, de los estadounidenses de origen cubano, venezolano y taiwanés y de los conservadores en general. Fueron muchos los que llamaron a Trump y a sus asesores para apoyarme durante el intrigante proceso de transición.

El creciente desorden de este proceso era evidente no solo en los errores de organización, sino también en el estilo Trump a la hora de tomar decisiones. Charles Krauthammer, uno de sus críticos más feroces, me dijo que se había equivocado cuando describió el comportamiento de Trump como propio de un niño de once años: «Me equivocué por diez años: es como un niño de un año. Analiza todo desde el prisma de si favorece o no a Donald Trump». Sin duda, el proceso de selección de personal lo estaba demostrando. Un estratega republicano me comentó que la mejor forma de llegar a ser secretario de Estado era «intentar ser el último que quedara en pie».

El vicepresidente electo, Mike Pence, me llamó el 29 de noviembre de 2016 para pedirme que nos reuniéramos en Washington al día siguiente. Conocía a Pence por su participación en el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes, donde se había mostrado partidario de una política de seguridad firme. Conversamos sobre cuestiones de defensa y de política exterior, pero me sorprendió cuando, refiriéndose al Departamento de Estado, me dijo: «Yo no diría que la decisión es inminente». Teniendo en cuenta las notas de prensa que aparecieron, más o menos por las mismas fechas, sobre la retirada de la candidatura de Giuliani, bien podía ser que el proceso de selección comenzara de nuevo, una situación sin precedentes a aquellas alturas.

Cuando llegué a las oficinas de la transición al día siguiente me crucé con Jeb Hensarling, que salía de ver a Pence. Se decía que esta-

* La Segunda Enmienda a la Constitución de Estados Unidos de América (o Enmienda II) protege el derecho del pueblo estadounidense a poseer y portar armas.

ba tan seguro de conseguir el Tesoro que ya había dado instrucciones a su equipo para que empezara a trabajar. Que no lo nombraran era comparable a que Cathy Rodgers descubriera que no sería secretaria de Interior cuando le habían dicho que sí, o que el exsenador Scott Brown se enterara de que no sería secretario del Departamento de Asuntos de los Veteranos. El patrón era evidente. Pence y yo mantuvimos una amistosa conversación de media hora, durante la cual recordé —lo mismo me ocurrió varias veces con Trump— el famoso comentario de Acheson cuando le preguntaron por qué él y el presidente Truman habían tenido una relación laboral tan buena: «Yo nunca olvidaba quién era el presidente y quién el secretario de Estado, y él tampoco».

El 1 de diciembre, Trump designó secretario de Defensa a Jim Mattis, pero aún se mantenía la incógnita sobre el Departamento de Estado. Al día siguiente llegué a la Torre Trump para entrevistarme con el presidente electo y compartí la espera en el vestíbulo con un fiscal del Estado y un senador. Para variar, Trump llevaba retraso en su agenda y vi salir de su despacho al exsecretario de Defensa, Bob Gates. Después supuse que este había ido a presionar a favor de Rex Tillerson para que fuera elegido secretario de Energía o de Estado, pero no me dio ningún detalle sobre su misión y nos limitamos a intercambiar los saludos y cumplidos de rigor. Finalmente entré en el despacho de Trump para mantener una reunión que duró poco más de una hora, a la que también asistieron Reince Priebus, que no tardaría en ser nombrado jefe de Gabinete de la Casa Blanca, y Bannon, que se convertiría en el principal estratega de la Administración Trump. Hablamos de los lugares de conflicto que había en el mundo, de los peligros estratégicos globales, como Rusia y China, del terrorismo y de la proliferación de armas nucleares. Conté mi anécdota sobre Dean Acheson y, a diferencia de las anteriores reuniones que había mantenido con Trump, fui el que más habló y respondí a las preguntas de los demás. Me pareció que Trump escuchaba con atención; no hizo ni recibió llamadas y nadie nos interrumpió hasta que entró Ivanka Trump para comentar un asunto familiar o, tal vez, para intentar que su padre no siguiera retrasándose.

Mientras le explicaba por qué el Departamento de Estado necesitaba una revolución para convertirse en un instrumento político eficaz, Trump me preguntó: «Vamos a ver, estamos hablando del Departamento de Estado, pero ¿aceptarías el puesto de subsecretario?». Le

dije que no, porque el Departamento no se podía manejar bien desde ese nivel. Además, me parecía incómodo trabajar para alguien que supiera que yo había competido por su puesto y que, por tanto, se preguntara continuamente si necesitaba a alguien que probara su comida antes que él. Al finalizar la reunión, estrechó mi mano y me dijo: «Estoy seguro de que vamos a trabajar juntos».

Después nos reunimos Reince Priebus, Bannon y yo en una pequeña sala de conferencias. Los dos dijeron que la reunión había ido «muy bien» y Bannon comentó que Trump «jamás había oído nada semejante», refiriéndose tanto al alcance como al detalle de la conversación. De todos modos, intentaron convencerme para que aceptara la subsecretaría, y ello me dio a entender que no eran demasiado optimistas sobre mi nombramiento para el cargo superior. Les volví a explicar por qué la idea de la subsecretaría no era viable. Al día siguiente me enteré de que Trump iba a entrevistar a Rex Tillerson para el Departamento de Estado —era la primera vez que me mencionaban a Tillerson— y aquello explicaba por qué Priebus y Bannon insistieron tanto en que era posible que me ofreciera la subsecretaría. Ni Trump ni los demás hablaron del asunto de la confirmación del Senado. La mayoría de los nominados por Trump podía toparse con una fuerte oposición, incluso unánime, por parte de los demócratas. La postura aislacionista de Rand Paul podía ser un problema para mí, pero varios senadores republicanos —John McCain, Lindsey Graham y Cory Gardner, entre otros— me aseguraron que su oposición no sería un obstáculo. Sea como fuere, después de aquella reunión, la «Torre Trump» permaneció en silencio y me convencí de que seguiría siendo un ciudadano de a pie.

Sin embargo, el nombramiento de Tillerson el 13 de diciembre no hizo más que desatar otra oleada de especulaciones —tanto a favor como en contra— sobre mi designación como subsecretario. Un asesor de Trump me animó diciendo: «En quince meses, el secretario serás tú. Conocen sus limitaciones». Una de esas «limitaciones» era la relación de Tillerson con Vladimir Putin y Rusia, durante su época en ExxonMobil, precisamente en un momento en el que se criticaba a Trump por haberse «confabulado» con Moscú para derrotar a Clinton. Aunque finalmente Trump fue absuelto por este asunto, su defensa pasó por alto deliberadamente que Rusia estuviera entrometiéndose en las elecciones de Estados Unidos, y en muchas otras, así

como el debate sobre políticas públicas. Otros adversarios, como China, Irán y Corea del Norte, también se entrometían, y ya en aquel momento destacué la gravedad de la injerencia extranjera en nuestra política. McCain me lo agradeció a principios de enero y dijo que yo era «un hombre de principios». Seguramente, si Trump se hubiese enterado, no le habría gustado nada.

En Defensa también había mucha agitación por la subsecretaría, ya que Mattis apoyaba a una funcionaria de la época de Obama, Michèle Flournoy, una demócrata que podría haber sido secretaria de Defensa si hubiera ganado Clinton, aunque costaba comprender por qué la quería Mattis en una Administración republicana⁵. Posteriormente, Mattis también presionó a favor de Anne Patterson, funcionaria de carrera del servicio exterior, para ocupar el puesto de subsecretaria de Defensa para Política. Yo había trabajado con Patterson y sabía que desde el punto de vista intelectual era apta para ocupar un puesto político clave en un Gobierno demócrata liberal, pero no en uno republicano. El senador Ted Cruz cuestionó a Mattis porque estaba a favor de Patterson, pero Mattis no quiso, o no pudo, explicar los motivos de su elección y, finalmente, la oposición cada vez mayor de los senadores republicanos y de otros hicieron que el nombramiento quedara sin efecto. Ante toda esta agitación, Lindsey Graham y otras personas me recomendaron que, por el momento, me mantuviera al margen de la Administración y esperara a incorporarme más adelante. La idea me pareció sensata.

Durante un tiempo se habló de mí como posible director de Inteligencia Nacional, un puesto para el cual se acabó nombrando, a principios de enero, al exsenador Dan Coats. A mí me parecía que el puesto en sí, creado por el Congreso después de los ataques del 11 de septiembre para coordinar mejor los servicios de inteligencia, era innecesario porque se había convertido en una mera instancia burocrática. No me habría importado eliminar o recortar aquella Dirección, pero no tardé en darme cuenta de que Trump no tenía intención de permitirlo ya que, irremediamente, le hubiera supuesto un fuerte golpe político. Cuando vi la guerra que después se declaró entre Trump y los servicios de inteligencia, larga e insensata, supe que había tenido suerte de que no me nombrara para aquel puesto.

Así finalizó la transición, sin que existiera una perspectiva real de incorporarme a la Administración. Llegué a la conclusión de que, si el

proceso de toma de decisiones —y uso esta expresión en su sentido más amplio— de Trump después de haber recibido posesión de su cargo era tan poco convencional y tan errático como su selección de personal, lo mejor era mantenerme al margen. Ojalá pudiera decirse lo mismo del país.

Entonces, cuando solo llevaba un mes en la Administración, Mike Flynn se destruyó él solo. Todo comenzó cuando tuvo que defenderse de las críticas que le acusaban de haber hecho unos supuestos comentarios al embajador ruso, Sergei Kislyak, a quien yo conocía bien porque fue mi homólogo en Moscú cuando yo era subsecretario de Estado de Control de Armas y Seguridad Internacional para la Administración de George W. Bush. Las críticas aumentaron cuando, al parecer, Flynn mintió a Pence y a otros sobre sus conversaciones con Kislyak. Nunca comprendí los motivos que llevaron a Flynn a mentir sobre una charla inocente. Lo que pocos días después me dijeron algunos asesores del Gobierno y el propio Trump tenía más sentido: dejaron de confiar en Flynn por su actuación inadecuada —ya lo había predicho Kissinger— y que la «cuestión rusa» no era más que una tapadera política. Flynn renunció a última hora del 13 de febrero, tras un día de *Sturm und Drang* (tormenta e ímpetu) en la Casa Blanca, pocas horas después de que se encomendara a Kellyanne Conway la desafortunada misión de informar a la insaciable prensa acreditada de que Flynn contaba con toda la confianza de Trump. No fue más que un ejemplo claro de la confusión y el desorden imperantes.

Lamentablemente, en esta misma situación caótica vivieron los miembros del Consejo de Seguridad Nacional durante las tres primeras semanas de la Administración. Reinaba la confusión en los nombramientos de personal, ya que el director de la CIA, Mike Pompeo, tomó la drástica medida —casi sin precedentes— de negar el acceso a «información confidencial» a una de las personas elegidas por Flynn como director jefe, uno de los puestos más altos del Consejo de Seguridad⁶. Como todo el mundo sabía, prohibir este acceso implicaba que, en la práctica, el trabajo de esa persona quedaba bloqueado, y suponía un duro golpe para Flynn. También tuvo que enfrentarse a las innumerables batallas que le presentaron varios funcionarios de carrera destinados al Consejo durante la Administración

Obama, pero que, como es habitual, seguían allí cuando se inició la presidencia de Trump. Los enfrentamientos provocaron la aparición de diferentes versiones —que muchas veces trascendieron— sobre la sangre derramada en el suelo de la Casa Blanca y en el del edificio de la Oficina Ejecutiva Eisenhower, la gran mole victoriana de granito gris que está situada al otro lado de la West Executive Avenue y que alberga a la mayor parte del personal del Consejo de Seguridad Nacional.

También respecto a una de las cuestiones clave de la campaña de Trump —poner freno a la inmigración ilegal— la Casa Blanca cometió un error tras otro al intentar fabricar decretos-ley y directrices presidenciales. Era inevitable que aquello llegara a la justicia y que fuera objeto de acalorados litigios en el interior de un poder judicial plagado de personas nombradas durante los ocho años de gobierno de Obama. Sin embargo, la Casa Blanca se mereció las primeras derrotas sobre este asunto, pues ponía en evidencia su falta de preparación y de coordinación interna. Por ejemplo, cuando apareció en Internet un telegrama del «canal disidente» del Departamento de Estado, que era exclusivamente de uso interno, y que habían firmado más de mil empleados que criticaban la iniciativa sobre inmigración. La prensa se dio un festín con aquello, si bien sus argumentos eran endeble y estaban mal presentados. Sin embargo, aquel telegrama y otros documentos similares, que se hicieron públicos a través de comentaristas de los medios de comunicación y de adversarios políticos en el Congreso, quedaron sin respuesta. ¿Quién se encargaba de este asunto? ¿Cuál era el plan?

Tillerson me llamó por sorpresa tres días después de que el Comité de Relaciones Exteriores del Senado aprobara su nominación —decidida por disciplina de partido—, el 23 de enero, por once votos contra diez, y me hizo salir de la reunión de un consejo de administración a la que asistía. Hablamos durante treinta minutos, principalmente sobre cuestiones organizativas del Departamento de Estado y del funcionamiento del proceso de toma de decisiones entre agencias. Tillerson estuvo amable y profesional, y no mostró ningún interés en contar conmigo como subsecretario. Desde luego, si yo hubiera estado en su lugar, me habría pasado lo mismo. Después Tillerson le dijo a Elliott Abrams, a quien también tuvo en cuenta, que buscaba a alguien que trabajara entre bambalinas, apoyándolo, y no a una per-

sona que tuviera notoriedad pública, como la que yo había tenido en la ONU o por mi trabajo como comentarista de la Fox. Tillerson me preguntó si me interesaba algún otro puesto en el Departamento de Estado y le dije que no, puesto que ya había disfrutado del segundo puesto, después del mejor, cuando fui embajador ante la ONU. Tillerson rio y hablamos de las relaciones, a menudo tensas, entre los secretarios de Estado y los embajadores ante la ONU. Era evidente que no había hablado con Nimrata Haley y que no tenía la menor idea de cómo manejar aquella bomba de relojería.

Me preocupaba que Tillerson quedara atrapado en la burocracia del Departamento de Estado. Había pasado cuarenta y un años de su carrera en Exxon, en un entorno en el que los parámetros de rendimiento están bien fijados —las cuentas de resultados actúan como verdaderos tiranos— y donde la cultura empresarial no solía ser objeto de transformaciones profundas. Después de pasar años situado en lo más alto de la jerarquía de Exxon y pensando que todos sus subordinados jugaban en el mismo equipo, habría sido extraño que desde su despacho de secretario en la séptima planta tuviera una opinión diferente respecto a los arribistas de los pisos inferiores o a los que estaban destinados por todo el mundo. Precisamente por sus antecedentes debería haberse rodeado de personas que conocieran tanto los puntos fuertes como los débiles de la Administración pública y del servicio exterior, pero no lo hizo. No llevó a cabo una transformación de fondo, como habría hecho yo, ni abrazó «el edificio» —así lo llamaban todos los que trabajan allí—, ni trató de controlar la burocracia introduciendo cambios fundamentales, como hizo Jim Baker, sino que, simplemente, se aisló con un puñado de asesores de confianza y eso, inevitablemente, le costó caro.

Con el fracaso —justo o injusto— de Flynn, el puesto de consejero de Seguridad Nacional, que nunca me había planteado debido a la cercanía de Flynn con Trump, estaba disponible. Los medios especularon con la posibilidad de que el sucesor fuera otro general y mencionaron a David Petraeus, a Robert Harwood (que estuvo en la Marina y que entonces estaba en Lockheed, y contaba con el apoyo decidido de Mattis) o a Keith Kellogg (un antiguo partidario de Trump que entonces era secretario ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional). Tillerson parecía mantenerse al margen —eso también era un problema—, porque no sabía lo que estaba pasando y

porque no se daba cuenta del peligro que podía implicar para él que ese cargo fuera a parar a un aliado de Mattis, con lo cual se complicarían aún más sus relaciones con la Casa Blanca. De hecho, corrían rumores sobre la tendencia de Tillerson a pasar desapercibido⁷.

Bannon me envió un mensaje de texto el viernes 17 de febrero de 2017, en el que me pedía que fuera a Mar-a-Lago a reunirme con Trump el fin de semana del Día de los Presidentes*. Aquel día, Joe Scarborough, del canal de noticias MSNBC, tuiteó: «Estaba totalmente en contra de @AmbJohnBolton como SecEstado, pero el exembajador ante la ONU es Thomas Jefferson en París en comparación con Michael Flynn». En «Trumplandia», este comentario me podía ser útil. Aquel fin de semana, durante las «primarias» de Mar-a-Lago, uno de los invitados me comentó que le había oído decir a Trump, y varias veces, que «Bolton me empieza a caer bien». ¿Acaso yo no había llegado a la conclusión de que debía esforzarme un poco más? Trump entrevistó a tres candidatos: al teniente general H. R. McMaster, autor de *Dereliction of Duty*, un estudio magnífico sobre las relaciones entre civiles y militares en Estados Unidos; al teniente general Robert Caslen, comandante de West Point, y a mí. Yo conocía a McMaster y admiraba su inclinación a adoptar posiciones controvertidas. A Caslen lo conocí entonces y me pareció un oficial agradable y muy competente. Los dos vestían uniforme de gala —lo que demostraba su capacidad de *marketing*—, y yo, por mi parte, conservaba mi bigote.

Trump me saludó con simpatía, dijo que me respetaba mucho y que sería un placer para él tenerme en cuenta para el puesto de consejero de Seguridad Nacional. Además, me preguntó si aceptaría un «cargo como el de Bannon» —también él estaba presente en el bar privado de la primera planta de Mar-a-Lago, con Priebus y Kushner—, que abarcara cuestiones estratégicas. Al parecer, yo podría ser uno de los numerosos «asesores del presidente», que ya eran demasiados en la Casa Blanca de Trump, sin que sus papeles y sus responsabilidades estuvieran definidos. Ese planteamiento me resultaba inaceptable, de modo que rehusé con amabilidad y añadí que tan solo me interesaba el puesto de consejero de Seguridad Nacional. Dicen que

* El Día de los Presidentes se celebra el tercer lunes de febrero en todo el país, y conmemora el cumpleaños de George Washington.

Henry Kissinger afirmó en una ocasión: «Nunca aceptes un puesto en el Gobierno que no tenga una buena bandeja de entrada»*.

El presidente me aseguró que el sucesor de Flynn tendría carta blanca en cuestiones organizativas y de personal, lo que me parecía fundamental para manejar un equipo eficaz y crear una buena comunicación entre agencias. En la conversación tratamos todas las cuestiones mundiales —fue un *tour d'horizon*, como le gusta llamarlo al Departamento de Estado—, y en un momento dado Trump dijo: «Esto es fantástico. Es como estar viendo y oyendo a John por televisión. Podría seguir escuchándolo durante horas. Me encanta». Kushner preguntó: «¿Cómo llevas lo de ser tan controvertido, que la gente te adore o te odie?». Cuando me disponía a responder, Trump dijo: «Pues sí, como a mí. La gente me adora o me odia. John y yo somos iguales». Me limité a añadir que las personas deberían ser juzgadas por lo que hacen, y mencioné algunos de mis logros —yo los consideraba así— en política exterior. La reunión terminó con un análisis sobre Rusia, y Trump dijo: «Te vi el otro día hablando del asunto INF», en referencia al Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio firmado con Rusia. Entonces me explicó por qué era tan injusto que ninguna nación, aparte de Rusia y Estados Unidos (por ejemplo, China, Irán o Corea del Norte), tuviera limitaciones para desarrollar sus fuerzas de alcance intermedio, y que los rusos estaban violando el tratado. Eso era precisamente lo que yo había dicho, casi palabra por palabra, de modo que no me quedaba duda de que Trump seguía viendo y absorbiendo la información de Fox News. Sugerí que pidiéramos a Putin que cumpliera las obligaciones del INF y que, de lo contrario, nos retiraríamos. Trump estuvo de acuerdo.

Bannon y yo salimos a la vez de la reunión y me dijo: «Has estado magnífico». De todos modos, yo tenía la sensación de que Trump terminaría eligiendo a un general. Volví a mi hotel y, más tarde, Bannon y Priebus me pidieron que fuera a desayunar con ellos a Mar-a-Lago la mañana siguiente. Priebus propuso alternativas al puesto de consejero de Seguridad Nacional y dijo refiriéndose a Trump: «No te olvides de con quién estás tratando». Me prometieron influencia real,

* Es decir, un cargo con un nombre concreto y una función determinada dentro de la Administración.

acceso a Trump y la rotación inevitable en la Administración, en el sentido de que acabaría siendo secretario de Estado. De acuerdo a mi experiencia en el Gobierno, les dije que, para dirigir la burocracia, era fundamental controlarla y no limitarse a observarla desde la Casa Blanca. El Consejo de Seguridad Nacional era un mecanismo que coordinaba las agencias de seguridad nacional, y para el cargo de consejero hacía falta alguien que tuviera experiencia en los niveles inferiores y que supiera cómo funcionaban. No los impresioné. Creo que Trump les había dicho: «Conseguid que ingrese en la Administración para que nos defienda en televisión». Aquello era, precisamente, lo último que yo pensaba hacer respecto a unas políticas en cuya formulación no había tenido nada, o casi nada, que ver. En un momento dado, Bannon dijo: «Échame una mano con esto, señor embajador», que en realidad era lo que yo intentaba hacer, pero lo que me estaba pidiendo es que le dijera qué otra cosa me convencería para ingresar en la Administración.

Durante el vuelo de regreso a Washington, vi en las noticias que Trump había elegido a McMaster. No me sorprendió. Lo que sí me llamó la atención fue que a continuación dijera: «Conozco a John Bolton y le vamos a pedir que colabore con nosotros en otro puesto. John es estupendo. Hemos tenido reuniones muy útiles con él. Sabe un montón. Tiene cantidad de ideas buenísimas con las cuales he de decir que estoy totalmente de acuerdo, así que hablaremos con John Bolton para otras cosas».

Era evidente que yo no había dejado lo suficientemente claro cuál debía ser el mejor cargo para mí; al menos no le quedó claro a Kushner, quien poco después me puso un mensaje: «Fantástico compartir un rato contigo. De verdad que tienes que entrar en el equipo. Hablemos esta semana para buscarte el puesto adecuado, porque tienes mucho para dar y tenemos una oportunidad única para hacer las cosas bien». Madeleine Westerhout, la secretaria de Trump en el Despacho Oval, me llamó el martes para que hablara con el presidente, pero yo tenía el móvil en silencio y no lo oí. Por supuesto, cuando llamé yo, Trump estaba ocupado, de modo que pregunté a Westerhout si sabía el motivo de la llamada, pues temía que quisiera presionarme. Me dijo: «Simplemente quería decirle lo fantástico que es» y darme las gracias por haber ido a Mar-a-Lago. Le dije que era muy amable, pero que, como sabía que estaba muy ocupado, no hacía falta

que me devolviera la llamada. Pocos días después, Westerhout, muy activa por aquella época, me dejó otro mensaje diciendo que el presidente quería verme. Yo estaba convencido de que me ofrecería algún cargo indefinido, pero, afortunadamente, estuve fuera del país durante casi dos semanas y volví a darle esquinazo.

Por mucho que corras, no te puedes esconder, y al final se programó una reunión con el presidente para el 23 de marzo, después de almorzar con McMaster en el comedor de la Casa Blanca. Antes envié un mensaje de texto a Bannon para que supiera que mi posición era firme: solo me interesaban los puestos en el Departamento de Estado o en Seguridad Nacional, y, que yo supiera, ninguno de los dos estaba disponible. Por casualidad, entré en el Ala Oeste por primera vez en más de diez años, mientras los medios esperaban fuera para entrevistar a los representantes republicanos que estaban reunidos con Trump para hablar del intento fallido de derogar el «Obamacare». Justo lo que yo necesitaba, aunque no tenía pensado responder a ninguna pregunta. En la época de Twitter, incluso no decir nada quiere decir algo y uno de los reporteros tuiteó:

GLENN THRUSH: John Bolton acaba de entrar en el Ala Oeste. Cuando le pregunté qué había venido a hacer, sonrió y dijo: «¡¡¡Atención sanitaria!!!».

Después vi que Bob Costa, del *Washington Post*, había tuiteado mientras yo entraba:

ROBERT COSTA Trump quiere incorporar a John Bolton a la Administración. Por eso está hoy en la Casa Blanca, según un hombre de confianza de Trump. Están hablando.

Disfruté de un almuerzo de lo más agradable con McMaster, y hablamos de Irak, Irán y Corea del Norte. Después fuimos al Despacho Oval a ver a Trump, que estaba terminando de comer con el secretario del Tesoro, Steven Mnuchin, y con Nelson Peltz, un financiero de Nueva York.

Trump esperaba sentado detrás del escritorio presidencial, que estaba completamente vacío, a diferencia del escritorio de su oficina en Nueva York, siempre lleno de periódicos, informes y notas. Pidió

que nos hicieran una foto a los dos juntos y después McMaster y yo nos sentamos delante del escritorio. Hablamos un poco sobre el intento de revocar el «Obamacare» y después pasamos a Irán y Corea del Norte, repitiendo en gran parte lo que McMaster y yo habíamos hablado durante el almuerzo. Trump dijo: «Tú y yo coincidimos en casi todo, salvo en Irak», y yo le respondí: «Sí, pero incluso en este punto estamos de acuerdo en que la retirada de las fuerzas estadounidenses que ordenó Obama en 2011 provocó el follón que tenemos allí ahora». Entonces Trump dijo: «Ahora no, pero en el momento y para el puesto adecuados, te voy a pedir que te incorpores a esta Administración y vas a aceptar, ¿verdad?». Me reí y lo mismo hicieron Trump y McMaster (aunque me sentí un poco incómodo por él), y respondí: «Claro que sí», suponiendo que, una vez más, había esquivado la bala que tanto temía: no quería presiones, ni prisas, ni un puesto amorfo en la Casa Blanca sin una bandeja de entrada.

La reunión duró algo más de veinte minutos y después McMaster y yo salimos y pasamos por el despacho de Bannon. Bannon y yo estuvimos un rato con Priebus. Nos encontramos con Sean Spicer en el vestíbulo y después con el vicepresidente, que me saludó cordialmente. El ambiente me recordaba al de una residencia de estudiantes, con gente entrando y saliendo de las habitaciones de los demás y charlando de cualquier cosa. ¿No estaban en medio de una crisis, tratando de abolir el «Obamacare», una de las cuestiones clave para Trump en 2016? Sin duda, aquello no tenía nada que ver con la Casa Blanca de otras Administraciones. Lo más inquietante fue oír a Mike Pence diciendo: «Estoy muy contento de que te incorpores», que ni mucho menos era lo que yo creía que estaba haciendo. Al final, me marché a eso de las dos y cuarto de la tarde, pero me dio la impresión de que me podría haber quedado dando vueltas por ahí toda la tarde.

Me parecía que aquella forma de contactar con la Casa Blanca de Trump podía prolongarse por tiempo indefinido, y en cierto modo así fue, pero, al cabo de los cien primeros días de la Administración, yo tenía claro lo que estaba dispuesto a hacer y lo que no. Después de todo, como dice Catón el Joven en uno de los versos favoritos de una de las obras de teatro preferidas de George Washington: «Cuando prevalece el vicio y se imponen los pecadores, el honor solo tiene cabida en lo privado».

No obstante, vivir en tiempos de Trump no era como se vivía en tiempos del *Catón* de Joseph Addison, cuyo héroe luchaba para defender de Julio César a una Roma debilitada. Por el contrario, la nueva Administración se parecía mucho más a la canción de los Eagles *Hotel California*: «Puedes pedir la cuenta cuando te dé la gana / pero no te puedes marchar nunca» [*You can check out any time you like / But you can never leave*].

No pasó mucho tiempo antes de que Bannon y Priebus volvieran a llamarme y a enviarme mensajes para que fuera a la Casa Blanca por algún motivo, ya que querían poner fin a la falta de armonía entre Trump, McMaster y Tillerson. La manifestación más palpable del problema era Irán y, concretamente, el acuerdo nuclear de 2015, que para Obama había sido uno de sus grandes logros (el otro fue el «Obamacare»). El acuerdo había sido mal concebido, pésimamente negociado y redactado, y solo beneficiaba a Irán: era inaplicable, imposible de verificar e inadecuado en cuanto a duración y alcance. Aunque supuestamente resolvía la amenaza que planteaba el programa de armas nucleares de Irán, en realidad exacerbaba el peligro al crear algo que parecía una solución, desviar la atención de los riesgos y levantar unas sanciones económicas que habían hecho padecer bastante a la economía iraní, al tiempo que permitía que Teherán siguiera adelante con sus planes, y sin apenas trabas. Además, el acuerdo no encaraba otras amenazas que planteaba Irán: su programa de misiles balísticos (un intento apenas disimulado de desarrollar vectores para armas nucleares), su papel como banco central mundial para el terrorismo internacional, así como que desarrollaba la intervención y la creciente importancia de la Fuerza Quds, el brazo militar extraterritorial de la Guardia Revolucionaria Islámica, en Irak, Siria, Líbano, Yemen y otros lugares. Sin sanciones, con el beneficio de la entrega de 150 millones de dólares en efectivo en aviones de carga y el desbloqueo de unos 150.000 millones de dólares en activos en todo el mundo, los ayatolás radicales de Teherán volvían a estar operativos.

Trump y otros candidatos del Partido Republicano hicieron campaña en 2016 contra el Plan de Acción Integral Conjunto, el inadecuado título que había recibido el acuerdo con Irán, y todo el mundo pensaba que después de la toma de posesión de Trump recibiría la extremaunción. Sin embargo, la acción combinada de Tillerson, Mattis y McMaster frustró los intentos de Trump para librarse de aquel

acuerdo lamentable. Con ello se ganaron los aplausos de los medios de comunicación afines, que los denominaron un «eje de adultos» que impedía que a Trump se le fuera la olla. Si supieran... De hecho, para muchos de los partidarios de Trump, fueron ellos los que impidieron que cumpliera las promesas que había hecho a los votantes. McMaster no se estaba haciendo ningún favor al oponerse a la expresión «terrorismo islámico radical» para describir cosas como... el terrorismo islámico radical. Cuando trabajaba para Jim Baker en el Departamento de Estado de George H. Bush e insistía para conseguir algo que Baker sabía que Bush no quería, solía decirme: «John, el tipo que ha sido elegido no quiere eso», frase con la que me insinuaba que dejara de insistir. Sin embargo, en el infantil aparato de seguridad nacional de la Administración Trump, lo que quería «el tipo que había sido elegido» era tan solo un dato más.

A principios de mayo, después de mantener otra conversación en la Casa Blanca con Priebus y Bannon, se me presentó la oportunidad de salir en la foto con Trump y Pence en la galería que comunica la residencia con el Ala Oeste. «John, me alegro de verte», dijo el presidente mientras recorríamos el pasillo rodeados de periodistas. Hablamos de Filipinas y del peligro de que China impusiese su soberanía sobre todo el mar de la China Meridional. Cuando terminamos, Trump dijo en voz alta, para que lo oyera la multitud de periodistas que lo seguía: «¿Está por aquí Rex Tillerson? Tendría que hablar con John», y después se marchó al Despacho Oval. Priebus dijo: «Estupendo. Queremos que vengas por aquí a menudo».

La vida en la Casa Blanca transcurría a su propio ritmo: Trump despidió al director del FBI, James Comey, a finales de mayo (según Bannon, por sugerencia de Kushner); después se reunió con el ministro de Asuntos Exteriores de Rusia, Sergei Lavrov —a quien hacía más de veinticinco años que yo conocía—, y dicen que el presidente fue poco cauto al hablar de asuntos confidenciales y que calificó a Comey de «pirado», según el imparcial *New York Times*⁸. Estuve en Israel a finales de mayo para dar una conferencia y me reuní con el primer ministro, Bibi Netanyahu, a quien conocía de mis años en la Administración de Bush padre. La amenaza iraní acaparó la conversación, como habría ocurrido con cualquier primer ministro israelí, aunque también hablamos de si era adecuado encomendar la misión de poner fin al conflicto entre Israel y Palestina a Kushner, a cuya

familia él conocía desde hacía muchos años. Netanyahu era lo bastante hábil como para no oponerse a la idea en público, pero, como buena parte del mundo, se preguntaba por qué Kushner pensaba que tendría éxito donde había fracasado gente como Kissinger.

Regresé a la Casa Blanca en junio para ver a Trump y llegué con Priebus al Despacho Oval. Trump tenía la puerta abierta y nos vio. Dijo: «Hola, John. Dame un minuto. Estoy firmando nombramientos de jueces». Yo estaba dispuesto a darle todo el tiempo que hiciera falta, porque el récord de Trump en nombramientos judiciales —en su momento, se le sumó la confirmación de los jueces Neil Gorsuch y Brett Kavanaugh— era para los conservadores la máxima prioridad y el mayor logro de su mandato. Cuando Priebus y yo entramos, felicité a Trump por haberse retirado del acuerdo del clima en París: el «eje de adultos» no había podido impedirselo y a mí me parecía una victoria importante contra la gobernanza mundial. El Acuerdo de París era una farsa para quienes estaban preocupados de verdad por el cambio climático. Como en muchos otros casos, daba la impresión de que los acuerdos internacionales abordaban cuestiones fundamentales y brindaban a los políticos nacionales motivos para atribuirse méritos, pero, en realidad, no provocaban ningún cambio perceptible y, en este caso, concedían cierto margen de actuación a países como China e India, que, en esencia, se mantenían sin restricciones. Entregué a Trump una copia de un artículo que escribí en el año 2000 titulado «¿Deberíamos tomarnos en serio la gobernanza mundial?», publicado en el *Chicago Journal of International Law*, no porque pensara que lo leería, sino para recordarle la importancia de preservar la soberanía estadounidense.

Advertí a Trump de que no le convenía desperdiciar capital político en algo tan esquivo como resolver la disputa entre árabes e israelíes, y le recomendé el traslado a Jerusalén de la embajada de Estados Unidos en Israel para reconocer así la capital del país. En cuanto a Irán, lo insté a que siguiera presionando para retirarse del acuerdo nuclear y le expliqué por qué el uso de la fuerza contra el programa nuclear iraní podía ser la única solución duradera. «Dile a Bibi que, si usa la fuerza, lo apoyo. Yo ya se lo he dicho, pero díselo tú también», me pidió Trump espontáneamente. La conversación continuó y Trump me preguntó: «¿Te llevas bien con Tillerson?». Le dije que no hablábamos desde enero.